

DONACION *Dr. Macri*

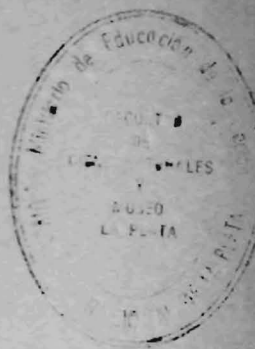
Dr. ENRIQUE T. MACRI			
N. DE ORDEN	<i>[Signature]</i>		
CLASIFIC.	<i>[Signature]</i>		
UBIC. A.	T.	F.	

ÁNGEL CABRERA

EL PERRO CIMARRÓN

DE LA

PAMPA ARGENTINA



BIBLIOTECA

De las Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, serie A, II, 7 y siguientes

BUENOS AIRES
 IMPRENTA DE LA UNIVERSIDAD

1932

EL PERRO CIMARRÓN

DE LA PAMPA ARGENTINA

Por ANGEL CABRERA

ENRIQUE T. MAJER
Geólogo

I

Aun cuando los perros comúnmente llamados cimarrones han constituido durante largo tiempo uno de los elementos más importantes de la población animal de la pampa argentina, es muy poco lo que de ellos se sabe con exactitud, o por lo menos no se tiene acerca de ellos el conocimiento científico que parece debiera tenerse tratándose de animales a los que con tanta frecuencia se alude en la literatura relativa a lo que fué la vida en nuestros campos. Considerados invariablemente como parte de su fauna adventicia, no existen, sin embargo, datos fidedignos sobre su verdadero origen, faltándonos aún aquella documentación fragmentaria, pero valiosísima, con que contamos para la historia del bagual o del vacuno criollo. Por otra parte, la justificada persecución de que estos perros eran objeto, como animales dañinos, unida a las causas generales de la extinción de la fauna local (avance de la población civilizada, alambradas, cultivo de los campos, etc.), ha hecho que fuesen exterminados, al parecer por completo, sin que hubiera tiempo de conseguir un ejemplar para conservarlo en algún museo ni aun de hacer de ellos una descripción detallada o una buena figura que diese idea de sus caracteres.

Creo que la noticia más antigua sobre la existencia de perros cimarrones en las pampas es la que se debe a Richard Walter, capellán de la famosa expedición del comodoro Anson a los mares del sur, y su

mejor cronista ¹. La escuadra de lord Anson visitó nuestras costas en los meses de enero a marzo de 1741. Al hablar de la gran cantidad de vacunos que en aquella época vivían en libertad en el interior del país, Richard Walter refiere que se mataban sólo por los cueros y la grasa, dejando lo demás *to putrify, or to be devoured by the birds and wild beasts*, y a este propósito añade: *The greatest part of this carrion falls to the share of the wild dogs, of which there are immense numbers to be found in that country. These are supposed to have been originally produced by Spanish dogs from Buenos Ayres, who, allured by the great quantity of carrion, and the facility they had by that means of subsisting, left their masters, and ran wild amongst the cattle; for they are plainly of the breed of European dogs, an animal not originally found in America. But though these dogs are said to be some thousands in a company, they hitherto neither diminish nor prevent the increase of the cattle, not daring to attack the herds, by reason of the numbers, which constantly feed together; but contenting themselves with the carrion left them by the hunters, and perhaps now and then with a few stragglers, who, by accidents, are separated from the body they belong to.*

Como quiera que la expedición no tocó tierra desde Santa Catalina, en la costa del Brasil, hasta el golfo de San Julián, es evidente que el autor del relato dió estas noticias de oídas, siendo muy verosímil que a su regreso a Inglaterra las recibiese de algún sobreviviente del naufragio del *Wager*, barco de la misma escuadra, que encalló junto a la costa de Chile, y parte de cuya tripulación volvió a pasar con una chalupa el estrecho de Magallanes y consiguió llegar hasta Río Grande. Algunos de estos náufragos, en efecto, desembarcaron el 12 de enero de 1742 en lo que hoy es el extremo sur de la provincia de Buenos Aires y encontraron el país lleno de caballos libres y de grandes perros que corrían en tropas por los campos ², y aun parece que, abandonados por sus compañeros de aventuras y obligados a hacer vida robinsonesca, capturaron algunos cachorros, a los que adiestraron para la caza.

Muy poco tiempo después, Falkner encontró también los perros

¹ R. WALTER, *A voyage round the World in the years MDCCXL, I, II, III, IV, by George Anson, Esq., Commander in Chief of a Squadron of His Majesty's Ships, sent upon an Expedition to the South-Seas*, London, 1748 y otras ediciones posteriores. La edición consultada que es la de la *Everyman's Library* de Dent and Sons, 1911 y lleva como título *A voyage round the World in the years 1740-4, by Lord Anson*, contiene la noticia acerca de los perros en las páginas 69-70.

² *Naufragés du Wager. Voyage à la mer du Sud fait par quelques officiers commandant le vaisseau le Wager*, 73-74, Lyon, 1758.

cimarrones y tuvo ocasión de experimentar, en forma un tanto cómica, los efectos de sus hábitos de rapiña. El episodio no fué referido por el célebre misionero, sino por su cofrade Dobrizhoffer ¹, quien lo cuenta en estos breves términos: *Pater Thomas Falconer, Anglus campos omnes cum Indis pervagatus equinae carni scindendae, cum orbem e stanno, vel ligno non haberet, orbis loco semper pileum supposuit suum, qui demum pinquedine infectus est tanta, ut illo dormiente a canibus sylvestribus, quaeis campus scatet, devoraretur. Me in Boniaeris urbe agente alium sibi mitti pileum per literas petit, canum accusans voracitatem.*

En numerosos documentos oficiales de la misma época, y hasta los comienzos del siglo XIX, se alude al perro cimarrón, invariablemente considerado como calamidad pública ². Así, en una representación del fiel ejecutor de Buenos Aires, don Gregorio Ramos Mexía, al señor gobernador interino, fechada en 2 de mayo de 1783, y que se conserva en el Archivo Nacional, tratando de los remedios convenientes para evitar los perjuicios que sufría la hacienda, dicese que «se haze Indispensable» ordenar a los hacendados que maten los perros cimarrones que haya en las inmediaciones de sus estancias; y en otro escrito del mismo funcionario, de 24 de mayo del mismo año, vuélvese a hablar de los perros, cuya gran abundancia contribuía a la destrucción de los terneros. Consérvase también un curioso expediente promovido en enero de 1808 por el alcalde de Chascomús, don Juan Lorenzo Castro, proponiendo medios para cortar ciertos daños que se sufren en la campaña, en el que se lee «que en aquellos territorios abundan los Perros cimarrones, q.º consumen mucha carne de los Animales en los tiempos de la parición, y q.º es indispensable extinguir esta epidemia por q.º no llegue el caso de q.º los ganados se disminuyan aun punto que apenas haya multiplicos, y parecía regular valerse de los medios q.º se acostumbran en estos casos, quales son juntarse el vecindario p.º hacer la matanza de esta plaga á costa del mismo vecindario, ó lo que parece mas suave y facil sin tanto gasto, obligar á cada vecino á q.º entregue cada mes tres colas de los Perros por sí mismo, y otras tantas por cada individuo de su mando, siendo de a caballo».

En el número del *Telégrafo Mercantil Rural Político-Económico, e historiógrafo del Río de la Plata* de 11 de octubre de 1801, apareció

¹ M. DOBRIZHOFFER, *Historia de abiponibus*, I, 164-165, Vienna, 1784.

² Véanse, *inter alia*, los *Documentos para la Historia argentina* publicados por la Facultad de Filosofía y Letras, IV, 1914 y los *Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires* que edita el Archivo General de la Nación, serie III, IX, 1931.

un artículo titulado *Manifiesto de la Metalurgia, Caza, Pesca, Agricultura y Pastoreo de la Provincia de Buenos-Ayres*, en el que se trata del aprovechamiento de las riquezas naturales del país, y en él se dice que «los *Perros cimarrones* producen pieles los más esquisitos para Zapatos y Botas, y se podían sacar de esta Jurisdicción muchos millares con utilidad de los Ganados Bacunos por el destrozo, que causan en el *ternerage*».

Como era natural, dado el cuidado que puso en el estudio de los animales que vivían en tierras del Plata, Félix de Azara fué el autor que dió acerca del perro cimarrón informes más completos. En sus *Apuntamientos* ¹, dice que estos perros vivían «desde los pueblos australes de Misiones hacia el Sur», y los describe así: «Son todos los cimarrones corpulentos, y en mi dictamen de la raza que Buffon llama *Grand Danois*, que creo llamamos *Lebrel*; pero a mi ver tienen el pelo más áspero, el hocico algo más largo y agudo, las orejas más gruesas y el cuello más abultado que los domésticos de la propia casta. Llevan las orejas muy derechas, y dicen que traen la cola siempre caída; pero aunque los he visto huir con la cola entre las piernas, como sucede también a los domésticos que huyen; he observado que a cierta distancia, creyéndose seguros, se detienen y ladran levantando la cola... Y por lo que hace a colores, los más son roxizos, bayos, barcinos y negros, aunque también los hay manchados de todos colores.» Hace además el famoso naturalista aragonés algunas indicaciones sobre sus costumbres, las que repite, recopiladas en pocas líneas, en el relato de sus viajes ², donde dice que los *chiens marrons ou sauvages* existían en gran número al sur del paralelo 30, pero que no los había más al norte; y añade: *Aucun n'est sujet á la rage ou hydrophobie, maladie inconnue en Amérique. Ces chiens marrons proviennent des animaux domestiques de leur espèce, transportés d'Espagne. Il n'y en a point de petite race, et ils me paraissent appartenir à la race que Buffon nomme grand danois. Ils aboient et hurlent comme les chiens domestiques, en relevant la queue: ils mettent bas dans des trous qu'ils creusent en terre; ils fuient toujours l'homme, et vivent en société. Ils se réunissent plusieurs pour attaquer une jument ou une vache et les faire courir, tandis que d'autres tuent le poulain ou le veau; de sorte qu'ils causent beaucoup de dégâts dans les troupeaux.*

¹ FÉLIX DE AZARA, *Apuntamientos para la historia natural de los Cuadrúpedos del Paraguay y Río de la Plata*, II, 280-283, Madrid, 1802.

² F. DE AZARA, *Voyages dans l'Amérique Méridionale*, I, 381, París, 1809.

Rengger, en su estudio sobre los mamíferos del Paraguay ¹, resultado de un viaje hecho en los años de 1818 a 1826, dice que los perros vueltos al estado salvaje eran muy raros en aquel país, pero en cambio formaban grandes tropas en la Banda Oriental y pampas de Buenos Aires, añadiendo que no se diferenciaban en tamaño, formas ni color de los domésticos. En cuanto a sus costumbres, parece haberse inspirado en las noticias de Azara, o por lo menos nada nuevo agregó a ellas, limitándose a decir: *Diese Thiere graben sich dort in den weiten Ebenen Hohlen in die Erde, theils um ihre Jungen darin anzuziehen, theils zu ihren eigenen Schutze gegen Kälte und Regen. Sie lieben von der Jagd, Kaninchen, Tatus, Rehe un Hirschen, besonders aber Kalber und Füllen der wilden un zahmen Heerden.*

Hacia la misma época, D'Orbigny se ocupó también de esta clase de perros, aunque confundiéndolos con los ovejeros, como si considerase a unos y otros como una misma raza ². Así, al hablar de la destreza del perro ovejero correntino, que tuvo oportunidad de conocer junto al río Santa Lucía, en julio de 1827, después de extenderse en detalles sobre la manera como cuidan la hacienda, agrega: *Ces chiens, sauvages, partout, dans ces provinces, il y a quelques années, ne le sont plus que dans la province d'Entre Rios et de la Banda oriental, surtout dans les parties septentrionales de cette dernière. Ils chassent aux divers animaux sauvages, en les poursuivant adroitement. Quand'ils étaient beaucoup plus nombreux, ils nuisaient beaucoup à l'accroissement des troupeaux et meme attaquaient les voyageurs. On m'a fait connaitre l'ingénieux moyen par lequel ils parviennent à s'emparer d'un cheval. Divisés par relais composés de plusieurs chiens, ils se placent de distance en distance, de manière à former un grand cercle autour du cheval qu'ils veulent attaquer; puis quelques-uns d'entr'eux le relancent et le poursuivent, en se relevant, jusqu'à ce que la pauvre bête se soit épuisée en vains efforts dans un cercle qu'elle ne peut franchir; et, quand elle n'en peut plus, ils se reprochent, fondent sur elle tous ensemble, et ne peuvent manquer d'en avoir bon marché.*

De lo dicho por D'Orbigny se podrían deducir que en aquel entonces sólo quedaban cimarrones en Entre Ríos y el Uruguay, pero en una descripción amena del Nuevo Mundo publicada en la misma época y bajo la dirección del mismo naturalista ³, se afirma que los *chiens*

¹ J. R. RENGGER, *Naturgeschichte der Saeugthiere von Paraguay*, 155, Basel, 1830.

² A. D'ORBIGNY, *Voyage dans l'Amérique Méridionale*, I, 177, París, 1835.

³ A. D'ORBIGNY, *Voyage pittoresque dans les deux Amériques*, 297, París, 1836.

sauvages eran muy abundantes en las pampas del sur. En la misma obra se habla de una expedición militar que desde Buenos Aires se envió contra la cimarronada, y que valió un apodo denigrante a los que en ella figuraron, dato cuya veracidad no he podido comprobar, pero que, aun tomándolo como exagerado, da idea del excesivo número de perros que hace un siglo había en nuestros campos.

Los relatos de Azara, Rengger y D'Orbigny han servido de base para cuanto sobre los perros cimarrones argentinos han publicado después otros naturalistas, aunque algunos de éstos añaden detalles adquiridos por otros conductos. Hamilton Smith ¹, dice que *on the Pampas of South America, there are numerous troops of Perros zimarrones, or feral dogs, having the undetermined form of the mixture of all the breeds that have been imported from Europe, and thus assuming the shape of cur-dogs, or of a primitive species. They have the ears erect, or the tips but slightly bent forward. They are bold, sagacious; not hostile to man, but destructive to the calves and foals of the wild herds. When taken very young, they may be tamed; but, when old, they are totally irreclaimable.* En su sinopsis del género *Canis* ², el mismo autor propuso por primera vez un nombre científico para el cimarrón, incluyéndolo como *C. campivagus, feral dog of the Pampas*, en el grupo de los *feral dogs*, al que asignó como característica: *In general assuming external appearance between the wolf and cur dog.* Los otros perros que Hamilton Smith ubica en el mismo grupo son el perro alzado de Santo Domingo, el de Rusia y el de Anatolia.

Fitzinger, en su estudio sobre las razas caninas ³, incluyó a nuestro cimarrón, que él llamaba *Pampas-Hund*, en un grupo que comprende, con el nombre no muy apropiado de *Haushunden*, los ovejeros y los perros parias o alzados de diversos países, es decir, aquellas razas cuyo aspecto se considera generalmente como más similar al tipo primitivo. En opinión de este naturalista, el perro de las pampas era un resultado de la cruce de bulldog y perro de los Pirineos, pero al mismo tiempo, incurriendo en una singular contradicción, lo consideró idéntico al «alco» de Buffon y de los antiguos cronistas de Indias, que era un perro existente en el Perú incaico, antes de que se trajesen a América perros de los Pirineos ni bulldogs. Consecuente, sin embargo,

¹ HAMILTON SMITH, *Jardine's Naturalist library*, Mammalia, X, 123, Edinburgh, 1840.

² HAMILTON SMITH, *ibid.*, 292.

³ L. J. FITZINGER, *Die Racen des zahmen Hundes*, en *Sitzungs-berichte der kaiserliche Akademie der Wissenschaften*, LVI, 398, Wien, 1867.

con su criterio, y empleando la extraña nomenclatura latina que aplicaba a todos los animales domésticos, lo designó con el nombre de *Canis domesticus pyrenaicus* Alco. Según Fitzinger, son también iguales al cimarrón el perro que poseían los Tehuelches, y que ha descrito Hamilton Smith ¹, según datos que le proporcionó el capitán Fitz-Roy, y el de los nativos de la Tierra del Fuego.

Gerbe, en la edición francesa de la clásica obra de Brehm sobre la vida de los animales ², apartándose de la opinión de todos los demás autores, ha insinuado la idea de que los perros cimarrones de la Argentina, como los de cualquier otro país, pueden no ser animales alzados o asilvestrados, sino verdaderamente silvestres, es decir, una especie nativa en su estado natural. *Si nous examinons maintenant — dice — les chiens sauvages de l'Amérique du Sud, nous verrons que, la encore, la théorie du chien redevenu sauvage n'a qu'une apparente réalité. Dans les pampas de Buenos-Ayres habitent de grandes troupes de chiens, qui ressemblent beaucoup aux chiens domestiques, mais qui en sont cependant parfaitement distincts.* Y más adelante, después de copiar lo que acerca de los cimarrones escribió Rengger, añade: *Ce même naturaliste admet que ce sont les descendants, devenus sauvages, des chiens européens importés par les premiers émigrants. Cela serait-il vrai, on n'aurait pas expliqué comment seraient arrivés en Amérique les parents des chiens que les Espagnols trouverent en la possession des indigènes.*

También Moussy ³ ha hablado de nuestros *chiens sauvages*, comentando lo escrito por Azara y añadiendo algo por su cuenta. *Ils se multiplient — dice — partout où les établissements qui les ont élelés se trouvent abandonnés. Ainsi, pendant la guerre de la Bande-Orientale, la plupart des chiens des estancias devinrent cimarrones, leurs maîtres ayant été obligés de se réfugier dans les villes ou aux armées. Il y en eut jusqu'aux environs de Montevideo... Pris jeune, le cimarrón s'apprivoise avec la plus grande facilité et ressemble à tous les autres chiens domestiques, dont il n'est d'ailleurs que le descendant. Les cimarrones chassent surtout de nuit et se réunissent par bandes pour poursuivre une troupe de vaches, de juments, dont ils arrêtent les petits, veaux ou poulains, en effrayant les mères par leurs aboiements; ils font ainsi beaucoup de dégât dans le jeune bétail. Quelquefois même ils attaquent les chevaux*

¹ HAMILTON SMITH, *ibid.*, 213.

² A. E. BREHM, *Merveilles de la Nature: L'homme et les animaux*, I, 332-333, París, 1878.

³ M. DE MOUSSY, *Description géographique et statistique de la Confédération Argentine* II, 93-94, París, 1860.

et les juments, surtout les dernières; dans ce cas, c'est toujours à la plus grasse qu'ils s'adressent, parce qu'elle est moins légère à la course et reste en arrière lorsqu'ils donnent la chasse à une troupe. Le nombre de ces chiens s'est parfois tellement multiplié que l'on a du organiser de grandes battues pour les détruire, et payer une prime pour chaque animal abattu. Du temps à autre, les estancieros, pour s'en débarrasser, saupoudrent de strychnine le cadavre d'un cheval, que l'on abat exprés dans un endroit où ils abondent; on en empoisonne ainsi des quantités considérables avec cette substance vénéneuse dont on sait l'activité. La rage fait également, à diverses époques, de très-grands ravages parmi eux. Si cette maladie était inconnue du temps d'Azara, elle s'est malheureusement acclimatée depuis... Un vieux médecin espagnol, le docteur D. J. Gutiérrez, mort il y a quelques années, et qui était venu dans la Plata en 1810, nous a assuré qu'on n'y connaissait la rage que depuis 1806, époque des expéditions anglaises. Les chiens amenés alors de l'ancien continent par les officiers anglais, tous amateurs de chasse, furent, selon lui, ceux qui la communiquèrent aux chiens indigènes. Nous ne citons ce fait que pour mémoire. Il nous paraît étrange que des animaux originaires d'Europe, où cette maladie, à l'état sporadique, est si fréquente en quelques saisons, aient perdu en Amérique l'aptitude à la contracter, pour la reprendre plus tard, alors surtout qu'on la voit aujourd'hui se développer spontanément chez les chiens cimarrones lors des sécheresses, et s'y montrer sous la forme épidémique.

Es curioso que ni Weyenbergh, en la parte zoológica de *La República Argentina* de Napp (1876), ni Burmeister en su *Description physique de la République Argentine* (1879), hicieron la menor alusión a los perros cimarrones, por más que éstos abundaban todavía en la época en que escribían dichos naturalistas. A fines del año 1879, Estanislao S. Zeballos, único autor argentino que se ha ocupado de ellos con extensión ¹, los encontró entre Carhué y Utracán, es decir, en lo que hoy es la parte oriental de la gobernación de La Pampa. «Durante la noche — escribía, refiriéndose a la del 2 de diciembre — habíamos tenido novedad. El campamento fué atacado por hordas de *perros cimarrones*, que como hambrientos lobos, buscaban en qué saciar el hambre irresistible. Lograron arrebatarlos el charqui. La víctima principal fué Pancho Francisco [el baquiano de Zeballos], cuyo cráneo

¹ E. S. ZEBALLOS, *Descripción amena de la República Argentina, Viaje al país de los Araucanos*, I, 185-187, Buenos Aires, 1881.

magullaron arrancándole una parte del cabello. Pancho tenía por cacerera los bastos y en sus tientos un atado de charqui de yegua; y los perros se llevaron los bastos con su atado... Durante la marcha no cesaban de aparecerse en cuadrillas al flanco del monte, acechándonos con ojos brillantes y un aspecto tal que pudieran pintarse como emblemas del hambre. Nos seguían con la vista, con la lengua afuera, fatigados y hasta rabiosos. Los más osados se deslizaban entre los altos pastizales y aparecían de repente entre nosotros mismos... Se alimentan de gamas cuya carrera aventajan, y de avestruces de cuyas gambetas triunfan aguijoneados por el hambre; pero la gama y el avestruz escasean, las privaciones aumentan y con ellas su furor. Por eso los perros cimarrones acechan al viajero y son un peligro que no se debe menospreciar.»

En opinión de Zeballos, estos perros serían idénticos a los que se encontraban en las tolдерías araucanas, «especie de galgos, de cráneo ancho en el frontal y angosto en los maxilares... El color es como le llaman en el país *atigrado*, parecido al del tigre, por las manchas blancas sobre un fondo plumizo... Por sus formas prolongadas y el aspecto siniestro, que le dan el hambre y la bravura con que acometen al extraño, se parecen al lobo»¹. Las cimarronadas que este autor encontró no serían, en efecto, según él, sino los perros de las tolдерías que quedaron abandonados al huir los indios ante los avances del ejército, y se hicieron salvajes; en cuanto al origen de la raza, opina así: «En el Río de la Plata, el perro fué importado de Europa y de las ciudades se extendió a las estancias y a los campos, haciendo vida semi-salvage. Animal esencialmente social se allegó al toldo del indio y volvió a ser doméstico. Las guerras civiles, que producían la despoblación de las campañas y las mismas emigraciones frecuentes de las tribus indígenas, dejaban a los perros abandonados en los campos. Hé ahí el origen de los famosos cimarrones en su mayor parte del tipo del lebrél, sin la corrección de sus formas. Pienso que esta raza, común ahora en los desiertos, data de las invasiones inglesas (1806-1807) al Río de la Plata, que importaron lebreles para las cacerías en la pampa. Dado el clima de la rejion mediterránea, otras razas no han podido conservarse á la intemperie en que viven los indios, y solamente ha vencido el lebrél orijnario de países fríos, sufriendo las consiguientes degeneraciones.»

Indudablemente, al exponer esta singular teoría, Zeballos ignoraba

¹ ZEBALLOS, *ibíd.*, 70.

la documentación histórica que prueba la existencia de los cimarrones desde la primera mitad del siglo XVIII, por lo menos; en cuanto a los autores que en el XIX se ocuparon de ellos, no vaciló en calificar sus relatos, incluso el de Azara, de «ridículas consejas», más inspiradas en la fantasía que en la realidad.

Glover M. Allen, en su interesante estudio de los perros de los aborígenes americanos ¹, parece ser el último que se ha ocupado de nuestro cimarrón, aunque en pocas líneas y basándose en lo que han dicho algunos de los autores antes mencionados. Al tratar del perro de los tehuelches, este naturalista advierte que *the native Patagonian Dog is not to be confused with the dogs introduced by Europeans, that have since become feral on the pampas of southern South America. These, according to various writers, are mongrel of several breeds, notably one like the Great Dane.*

II

Como complemento de los datos que proporciona la literatura relativa a este asunto, he solicitado nuevos informes acerca de los perros cimarrones, de personas que, por diversas circunstancias de su vida, me han parecido en situación de poder suministrarme noticias fidedignas e interesantes. En la mayoría de los casos, sin embargo, los interrogados se han limitado a contestar en forma vaga, y sólo aquello que cualquiera puede saber por los autores antes mencionados, es decir, que los tales perros fueron en otro tiempo muy abundantes, que se los tenía por descendientes de perros domésticos, y que ocasionaban serios daños en la hacienda.

Dos datos de valor, uno lingüístico y otro geográfico, debo a don Juan Coñuel, portero del Museo de La Plata, quien me asegura que el perro cimarrón, muy conocido por los Araucanos con el nombre de *aucalchreúá* (*tchreúá*, perro; *auca*, alzado), era muy abundante, allá por los años 1877 a 1880, en toda la ribera norte del alto río Negro, y especialmente hacia Fresno Menuco, hoy General Roca, pero no existía al sur del mismo río.

Los informes de mayor importancia son los que gentilmente me ha comunicado el notable escritor Justo P. Sáenz, hijo, tan conocedor de las cosas del campo, quien me dice haberlos obtenido de sus tíos

¹ GLOVER M. ALLEN, *Dogs of the American aborigines*, en *Bulletin of the Museum of Comparative Zoology at Harvard College*, LXIII, 477, Cambridge, Mass., 1920.

y abuelos y de antiguos pobladores y gauchos viejos que por su seriedad le merecen la mayor confianza. Como se trata de persona que a un profundo conocimiento práctico de la campaña une un gran entusiasmo por el estudio de nuestra fauna, creo lo mejor reproducir textualmente las noticias que me proporciona en carta de 8 de mayo de 1930.

«El perro cimarrón — escribe el señor Sáenz — no ladraba nunca. Aullaba solamente y con mucha frecuencia; era característica su gritería en las noches cálidas y tormentosas. Tampoco meneaba la cola como signo amistoso, o si lo hacía, era ésto poco visible.

«Su pelaje era bayo, aunque, en Entre Ríos por lo menos, había algunos negros con «cuatro ojos» (textual del paisano que me lo dijo) y panza amarilla. Sus orejas eran erectas, tipo pantalla, como el aguará grande. Su tamaño no era tan grande como dice Azara, sino de la alzada de un perro policía alemán común, que no debe sobrepasar los 65 centímetros.

«El lugar donde subsistió por más tiempo el cimarrón es la provincia de Buenos Aires, y más especialmente el actual partido de General Madariaga. Allí, en los «Montes Grandes de Alzaga», que después heredó don Carlos Guerrero, abundaban extraordinariamente, a tal extremo, que puesteros y mayordomos solían capturar y amansar cachorros para su diversión. Eran y son dichos campos puros montes de tala. En la costa de las lagunas, que quedan entre el monte, vivían los perros con especialidad, y se llegaban a la oración muy cerquita de las casas, donde aullando a coro excitaban terriblemente a los canes domésticos, cuyas hembras alzadas, en celo, solían robar para su provecho. Toda la costa del mar bonaerense, desde la boca del Salado a la Mar Chiquita, tuvo perrada cimarrona hasta 1890. Sin embargo, por lo apartado y boscoso del paraje, la laguna de Juancho fué la zona que los conservó más tiempo, pues *hasta 1905 hubo perros por allí*. Es más: un fondero del pueblo de General Guido, el año 1919, me aseguró que en alguna estancia próxima a Juancho quedaban cimarrones, y que en «Las Navas» de Pereyra Iraola (ubicada en Ayacucho y General Guido, antes Vecino; veinticuatro leguas cuadradas) era posible se encontrase aún alguno en sus extensos fachinales. Este fondero, Aspeguía de apellido, era hombre serio y bien gaucho. Había corrido mucho y, del año 85 al 90 y pico, trabajado de peón en los «nuevos» campos de la frontera oeste de Buenos Aires, límite con la Pampa Central, librados al pastoreo por la expedición de Roca en el 79, en los

cuales *jamás vió ni oyó hablar de perro cimarrón alguno*, a pesar de tratarse de extensiones desiertas y en parte boscosas.

«El cimarrón con hambre (y entiendo que siempre lo tenían) era muy peligroso, o por lo menos bastante peligroso, para el hombre, pero sólo seguía al jinete que tenía su caballo aplastado o cansado. Esto último lo he leído no sé donde. Cuando atacaban, su voracidad era increíble, pues según narración de Gabino Velázquez, entrerriano de ochenta años, de un caballo y su jinete, sólo dejaban los cascos y la cerda de aquél y el cuchillo, espuelas y otros objetos de metal de éste, como ocurrió, en fecha imprecisa, cerca del arroyo Palmar, en el departamento Colón, provincia de Entre Ríos.

«En dicha provincia de Entre Ríos quedaron perros cimarrones hasta 1895, que yo sepa, aunque es muy probable que los haya habido hasta algunos años después. De su existencia en Corrientes, no tengo noticia, aunque es de presumir que los haya habido. Del norte, o mejor dicho, nordeste de Córdoba, tan rico en fauna grande, tampoco.»

También hay en el archivo del Museo Nacional de Historia Natural Bernardino Rivadavía un interesante informe acerca de los cimarrones, enviado por el señor José Girado, de Chascomús, en febrero de 1925, a pedido del profesor Doello Jurado, director de dicha institución, quien ha tenido la amabilidad, que muy sinceramente agradezco, de ponerlo a mi disposición y autorizarme para publicarlo. El documento, redactado en forma de interrogatorio, dice así:

«1. Regiones en donde han existido. — Hubo perros cimarrones en abundancia en la región de la «Loma Partida» y el «Carmen de Díaz Vélez» en los confines de los partidos del Tandil, Ayacucho y Pila. También los hubo en las costas de Samborombón, hasta la ensenada del mismo nombre, en el partido de Chascomús o Viedma. Estos son datos fidedignos del antiguo vecino Mauricio Cejas, que murió a los 80 años, hace unos veinte años, y quien los tenía de otros ancianos, lo que hace remontar el testimonio a más de 150 años. Lo he oído de sus propios labios, dice el señor Floro Pintos, anciano hoy de más de 70 años.

«2. Si existieron en toda la Provincia. — Es de suponer que los ha habido en todas aquellas regiones que les eran propicias, que existían en la provincia, de grandes fachinales, pajonales y juncales, con agua permanente.

«3. ¿En qué tiempo desaparecieron? — Según Floro Pintos, deben de haberse exterminado hacia los años de 1870 al 1872, pues en 1869

aún se hallaban grandes manadas, por haberlos visto él mismo cuando, jovenzuelo, fué de Chascomús a donde es hoy día De la Canal, con un arreo de capones. Se veían los troperos obligados a rondar en esa región durante la noche y encender grandes fogatas para evitar que los perros atacaran el arreo. Esto mismo le ha sido confirmado a mi hermano Rodolfo por el vecino de esas regiones Gregorio Cejas.

«4. ¿Qué color tenían? — Eran de pelo bayo, tirando al color de los lobos; pero eran de pelo corto.

«5. ¿Qué caracteres físicos tenían? — Tenían el hocico largo, semejante al de los galgos, las orejas paradas como las de los zorros, lo que les daba un cierto parecido a los llamados hoy día «perros de policía». Tenían la cola lanudita, sin ser lanuda y larga. Eran muy vivaces en sus movimientos. En cuanto al tamaño, era el de un vulgar perro criollo común.

«6. ¿Cómo vivían? — Vivían en manadas; dormían en grandes nidos que hacían en los más espesos pajonales. No he podido comprobar si hacían cuevas o si las usaban ocupando las de las vizcachas. Se alimentaban matando vacas, ovejas o animales yeguarizos. Para poder matar esos animales los perseguían o cuatreaban, como dice el que informa, entre muchos. Con un ladrido especial de uno de ellos bastaba para que se reunieran con ese objeto grandes jaurías, que una vez que cercaban la presa logrando aislarla del rodeo o manada, la echaban al suelo, garroneándola o mordiéndole las manos, y no dejándola levantarse, una vez caída la devoraban rápidamente (datos de Gregorio Cejas). Floro Pintos dice saber por antiguos vecinos, que llegó el caso, en las costas de Samborombón, en que llegaron hasta comerse a un viajero que se halló solitario en medio de los campos con su caballo fatigado. No se hallaron más vestigios que las botas, el recado y otras partes incomibles.

«7. ¿En qué época desaparecieron? — Floro Pintos dice que él supone que para el año 1872 ya habían sido exterminados, pues cuando él pasó por la región en la cual persistieron más, en 1869, al mayor-domo portugués, señor Vaqueyro, del establecimiento «El Carmen» de Díaz Vélez, hoy día alrededores de la estación Egaña, ya estaba envenenando vacas, yeguas y otros animales alzados, con ese objeto. Dice que era lo más curioso ver la enorme cantidad de perros que perecían envenenados por la estriecinina. También Gregorio Cejas ha corroborado este dato, y él vivió en esa época en esa región.»

III

En el departamento de Paleontología del Museo de La Plata se conservan dos cráneos incompletos, hallados en el subsuelo de la misma ciudad, que casi con seguridad absoluta pueden ser considerados como de perros cimarrones. Uno de ellos (N° 10-94) está casi entero, faltándole sólo la mandíbula y el premaxilar y parte anterior del maxilar del lado derecho; del otro (N° 10-95) sólo hay la caja cerebral, sin los arcos cigomáticos, y la parte proximal del maxilar izquierdo, a partir del pm.³ o más bien de sus alvéolos, pues el diente no existe. Ambas piezas fueron halladas en terreno designado por Roth como postpampeano, y concretando más, en una capa de tierra pardo-grisácea, por debajo de la tierra vegetal y casi encima de la formación pampeana más moderna. No presentan el menor indicio de mineralización, pero su aspecto revela una considerable antigüedad. Por su color, fragilidad y estado de conservación, recuerdan los restos de mamíferos que yo mismo he encontrado en las excavaciones de ciudades de la época romana en el norte de Marruecos, comparación que no envuelve la menor idea de contemporaneidad, pero que es uno de los fundamentos en que me apoyo para afirmar que se trata de restos muy antiguos, en el sentido de anteriores en muchos años, probablemente en más de un siglo, a la fundación de La Plata. Como el lugar que ésta ocupa fué en otro tiempo muy boscoso, es seguro que allí se albergarían perros cimarrones, y apenas puede caber duda de que a esta clase de animales pertenecen los dos cráneos, puesto que corresponden al verdadero género *Canis* y no se sabe que haya habido en este país ninguna otra forma de este género viviendo en libertad después de los tiempos pampeanos. Desde luego, podría admitirse la alternativa de que fuesen restos de perros de los indios; pero ello es poco probable, pues ni junto a ellos ni en sus inmediaciones se ha encontrado indicio alguno de industria humana.

El malogrado paleontólogo Kraglievich tuvo la gentileza de donar al Museo, para el departamento de Paleontología, otro cráneo de perro encontrado por él en Tapalqué, en condiciones análogas a las de los ejemplares de La Plata, es decir, en una capa profunda de tierra pardo-grisácea, sin indicio próximo de la compañía del hombre, y en idéntico estado de conservación. A este cráneo le faltan los dos arcos cigomáticos y tiene también destruídos los frontales en su parte an-

terior y ambos globos auditivos; le acompaña la mitad derecha de la mandíbula, a la que sólo faltan los incisivos y el canino.

Los tres cráneos mencionados corresponden evidentemente a un mismo tipo canino; el de Tapalquén parece un poco más robusto que los de La Plata, y su perfil facial es ligeramente más cóncavo pero estas diferencias, casi imperceptibles, se encuentran siempre entre individuos de una misma raza, y pueden ser muy bien de sexo o de edad. Los dientes se hallan poco gastados en los tres, y no ofrecen ninguna diferencia digna de notarse. Los caracteres de los tres ejemplares son los de un perro de tipo muy primitivo, entendiéndose por tal el que ofrecen aquellas especies del género *Canis* que, como ocurre con el *C. pallipes* de la India o con el *C. lupaster* del norte de Africa, no ofrecen rasgos lo bastante especializados para poder ser considerados como verdaderos lobos ni como verdaderos chacales. Es, por consiguiente, un perro muy diferente de *C. nehringi* Ameghino, el más moderno de los *Canis* del cuaternario argentino, en el que los caracteres de lobo aparecen con notable exageración ¹, de modo que ni por un momento se puede pensar en que el cimarrón haya sido una de las muchas especies supervivientes de la fauna pampeana. De los perros propiamente dichos que existen actualmente, los que más se asemejan en sus caracteres craneanos a los ejemplares que considero de cimarrón, son el dingo de Australia y el perro de Nueva Guinea, aunque ambos son de tamaño considerablemente menor ²; pero aún es más grande la semejanza entre dichos tres cráneos y el del perro de los palafitos de Font, en Suiza, descrito por Studer ³, pues en este caso hasta el tamaño es próximamente igual. Sería injustificada, por consiguiente, cualquier hipótesis sobre parentesco próximo que se quisiera aventurar a base del parecido con aquellas formas del Pacífico.

Lo mismo que en el perro fósil de Font, en el cimarrón son iguales la longitud rostral y la longitud craneal, medidas como las mide Stu-

¹ La otra especie descrita del pampeano superior, *Canis robustus* (Ameghino), evidentemente no es otra cosa, si tomamos como tipo los trozos de mandíbula y de húmero que hoy están en el Museo de Nueva York, que el joven del mismo *C. nehringi*. Las dimensiones corresponden muy bien, y el material típico, procede en ambos casos del mismo horizonte y de localidades bastante próximas entre sí. Sin embargo, el nombre *nehringi*, aunque más moderno, es el que debe prevalecer pues *robustus* había sido empleado con anterioridad por Fitzinger para una raza de *Canis familiaris* (*ibíd.*, 798).

² H. A. LONGMAN, *Notes on the dingo the Indian wild dog and a Papuan dog*, en *Memoirs of the Queensland Museum*, IX, 151-157, Brisbane, 1923; WOOD-JONES, *The cranial character of the Papuan dog*, en *Journal of Mammalogy*, X, 329-333, Baltimore, 1929.

³ T. STUDER, *Die prähistorischen Hunde*, en *Abhandlungen der Schweizerischen Paläontologischen Gesellschaft*, XXVIII, 47, lámina IV, figura 5, Zurich, 1901.

der, lo que no ocurre en el dingo ni, según parece por las figuras de Wood-Jones, en el perro de Nueva Guinea. La misma igualdad entre ambas longitudes se encuentra aisladamente en individuos de diversas razas domésticas; Studer la indica en un ovejero escocés, en un San Bernardo y en un perro de ciervos escocés, y yo la he hallado en un ovejero del Chubut. Como en estas razas, y en la mayoría de los perros domésticos, en el cimarrón encontramos un índice faciocefálico ¹ superior a 56, mientras en el perro de los palafitos de Font, como en el esquimal y en muchos dingos, dicho índice está por debajo de 55. En cambio, los cráneos argentinos a que me refiero se distinguen de los de casi todos los perros domésticos o alzados actuales, y se parecen a los de los perros cuaternarios europeos, en lo bajo de la frente. El ángulo orbitofrontal del cimarrón, en el único cráneo en que se puede medir, es de 49°; los perros domésticos, en general, lo tienen superior a 50°, siendo esta última cifra frecuente sólo en las razas de tipo muy primitivo, como el pomerano, los terriers y el perro esquimal. Por regla general, dicho ángulo oscila entre 52° y 54°, y en algunos perros de San Bernardo y de las razas de caza más finas llega hasta 58°. El perro de Font, por el contrario, presenta un ángulo orbitofrontal de 48°, y todavía es más bajo el de algunos cráneos encontrados en otros yacimientos de Suiza y de Francia; Lortet y Gaillard ² mencionan uno del cuaternario del Saone con el ángulo de 46°. Este carácter es indudablemente muy primitivo, porque en los *Canis* verdaderamente salvajes el ángulo formado por el plano de la órbita y el de la frente es siempre muy pequeño, variando desde 45° en un lobo de Francia (Lortet y Gaillard) hasta 43° en un coyote del Nebraska (Museo de La Plata). En *C. familiaris*, un ángulo inferior a 50° sólo se encuentra en las razas fósiles o muy antiguas, en ciertos perros de los llamados parias o errantes, en el ovejero alemán o perro policía, que es un tipo canino de los más arcaicos, y en algunos galgos. En el borzoi, por ejemplo, puede descender hasta 46°. No hay que olvidar que, en opinión de muchos autores, los galgos representan también uno de los tipos más primitivos entre los perros domésticos.

A este grupo de los galgos pertenece el perro tehuelche, con el que Fitzinger confundió nuestro cimarrón. En el Museo de La Plata se

¹ Llamo así al que se obtiene multiplicando por 100 la longitud rostral (*Gesichtslänge* de Studer) y dividiendo el producto por la longitud basal.

² L. LORTET y C. GAILLARD, *La faune momifiée de l'ancien Egypte*, en *Archives du Musée d'Histoire Naturelle de Lyon*, memoria 2ª, 16, Lyon, 1903.

conserva el esqueleto completo de uno de estos perros patagones, traído del territorio de Santa Cruz, y su cráneo es un verdadero cráneo de galgo, estrecho y con la caja cerebral baja y alargada. Nada de ésto se observa en los cráneos que yo considero de cimarrones, los cuales se asemejan más bien al del ovejero alemán, aunque se distinguen de éste por sus cigomáticos más ensanchados.

Tal vez parecería oportuno comparar también dichos cráneos con los que se encuentran con frecuencia en las antiguas tumbas del noroeste argentino y del Perú, pero ello exigiría el estudio previo de las razas caninas que tuvieron los pueblos andinos, cosa que todavía está por hacer. El material que hasta ahora se posee, sin embargo, permite afirmar que, no obstante presentar a primera vista cierto parecido con el cráneo del cimarrón, el del antiguo perro peruano o diaguita se distinguía por ser más pequeño, relativamente más corto, y más elevado en la región frontal. Por otra parte, no sé que nadie haya hablado de perros cimarrones en la Cordillera, y sería muy extraño que la raza hubiera descendido a las pampas para asilvestrarse sin haberse alzado en aquella región.

En cuanto a los dientes, los cráneos en que se basa el presente estudio no ofrecen ninguna particularidad que los distinga de los perros domésticos, o descendientes de domésticos, considerados en conjunto. La longitud del pm.⁴, o carnicero superior, en el más completo de los cráneos de La Plata es un poco menor que el diez por ciento de la longitud basal, y en el de Tapalquén apenas medio milímetro mayor que dicho diez por ciento. En ésto, por consiguiente, esta raza se aparta ya de los perros primitivos, que siempre tienen el carnicero considerablemente mayor. Tanto en los lobos como en los chacales, su longitud es bastante superior a la décima parte, no ya de la longitud basal, sino de la cóndilobasal, y lo mismo ocurre en los perros cuaternarios de Europa, en los de las antiguas tumbas indias, en los perros parias, en los esquimales y en algunos ejemplares de las razas europeas de tipo más arcaico, tales como el lulú o perro pomerano y ciertos terriers. Según Longman y Wood-Jones, el dingo y el perro de Nueva Guinea se hallan en el mismo caso; por lo que toca al segundo, sin embargo, las figuras publicadas por Wood-Jones contradicen tal afirmación, pues mientras en el texto de su trabajo dice este autor que la longitud cóndilobasal del cráneo representado es de 149 mm. y la del carnicero 15,5, en las figuras indica la misma cifra para la primera medida, pero sólo 14,5 para la segunda, y como los dibujos están hechos a tamaño

natural, es fácil comprobar que esta última cifra es la verdadera. También se puede apreciar que la longitud basal, no indicada por Wood-Jones en su tabla de medidas, es de 141 mm., de manera que la longitud del carnívoros estaría precisamente en el término medio entre el décimo de la longitud basal y el décimo de la longitud cóndilobasal. Lo mismo exactamente ocurre en el cráneo de cimarrón de Tapalqué. En cuanto al perro australiano, Longman admite que la longitud del carnívoros puede ser algo inferior al diez por ciento del largo cóndilobasal *in very old and exceptionally large dingoes, owing to the growth of the skull*; y efectivamente, en el Museo de La Plata hay un cráneo de un dingo, viejo, pero no excepcionalmente grande, en el que la longitud del pm.⁴ es un poquito menor que el diez por ciento de la longitud basal, y por consiguiente bastante inferior al diez por ciento del largo cóndilobasal.

En resumen, por lo que se refiere al tamaño proporcional del pre-molar carnívoros, tanto nuestro cimarrón como el dingo y el perro de Nueva Guinea parecen ocupar una posición intermedia entre el tipo más primitivo, representado por los lobos, los chacales, los perros cuaternarios y el perro esquimal, y el tipo de perro doméstico más cultivado.

Doy a continuación las dimensiones de los tres presuntos cráneos de cimarrón, con las de aquellos que he tenido principalmente en cuenta para mi examen comparativo.

	Cimarrón de La Plata 10-94	Cimarrón de La Plata 10-95	Cimarrón de Talpaquén	Perro fósil de Font (1)	Dingo (2)	Perro de Nueva Guinea (3)	Perro paria de Egipto (1)	Ovejero alemán (4)	Ovejero del Chubut (2)	Galgo tehuéche (2)
	mm.	mm.	mm.	mm.	mm.	mm.	mm.	mm.	mm.	mm.
Longitud basal	196,5	193	193	192	173	141	152	179	220	205
Longitud cóndilobasal.	209	203	203	180	180	149	180	100	233	216
Ancho cigomático	120	114	114	114	106	90	95	98	132	115
Longitud facial	118	108 ±	108 ±	107	97,5	90	90	103	130	118
Longitud craneal	118	114 ±	114 ±	107	100	95	95	107	130	122
Ancho de la caja cerebral	59	56	57	60	54	50	53	57,5	67	56,5
Alto de la caja cerebral.	57	56	62	57	52	51	51	55	70	56
Longitud palatal	108	104	104	106	94	81	83	97	125	112
Ancho del paladar delante del m. ¹	59	63	63	57	51	54	41	58	66	57,5
Serie molariforme	71	70,2	70,2	74	62,5	54	62	70	76	74
Longitud del pm. ⁴	17,5	18	19,8	22	17	14,5	17	19	19	18
Longitud combinada del m. ¹ y el m. ²	19	21,7	21,7	22	19	16,2	18	20	21,5	19,5
Índice faciocefálico	58,4	55,9 ±	55,9 ±	54,6	55,7	50	56,2	57,5	59	57,5
Angulo orbitofrontal	49°	48°	48°	48°	50°	48°	50°	48°	53°	50°

1 Según Studer.

2 Museo de La Plata.

3 Según Wood-Jones. La longitud basal y la del pm.⁴ calculadas sobre las figuras del mismo autor.

4 Museo de Zootecnia de la Facultad de Agronomía y Veterinaria de la Universidad de Buenos Aires.

IV

A base de los datos que preceden, ordenándolos convenientemente y armonizándolos en lo posible, he intentado resumir lo que se sabe acerca del perro cimarrón argentino, con objeto de que se pueda tener una idea de esta raza todo lo más aproximada posible.

Descripción. — Por lo que dice la mayoría de los autores, puede colegirse que la apariencia general del perro cimarrón recordaba la de un galgo, con la diferencia de tener las orejas tiesas. Sin embargo, los cráneos que pueden ser atribuidos a la raza revelan un animal menos exageradamente esbelto que cualquier galgo, y con la cabeza menos estrecha y alargada. Azara lo creía idéntico al *grand danois* de Buffon, pero bueno es tener presente que el perro así llamado por este famoso naturalista ¹, si hemos de juzgar por la figura que lo representa y por la descripción y medidas agregadas por Daubenton, era muy distinto de lo que hoy entendemos por gran danés o dogo de Ulm, como ya lo indicó el mismo Azara al decir que le parecía semejante al lebel español. Probablemente, el cimarrón tenía un aspecto muy parecido al del dingo australiano, o el perro de Nueva Guinea, o los perros parias de Egipto, pero mucho más grande, seguramente como un perro policía de los más corpulentos. Sáenz opina que su alzada en la cruz no pasaría de 65 centímetros; el perro llamado por Buffon *grand danois*, con el que lo comparó Azara, medía 68,8.

Algunos autores han dado cierta importancia a la posición normal de la cola en el cimarrón. En realidad, no todos los perros domésticos llevan la cola alzada; en los galgos y daneses, por ejemplo, está habitualmente caída, y en cambio, es muy frecuente en los lobos y los chacales alzarla cuando están alegres. La verdadera diferencia entre los perros domésticos y los *Canis* salvajes, estriba en que, en los primeros, la cola tiende a encorvarse hacia arriba, pero acerca de este carácter nada dicen los autores que se han ocupado de los cimarrones.

En cuanto al color de estos perros, parece que el más frecuente era el bayo, pasando a veces a colorado («roxizo», que decía Azara), como en el dingo y en la mayoría de los perros parias; pero también los había barcinos o atigrados, overos y hasta negros, con el abdomen y man-

¹ J. L. DE BUFFON. *Histoire naturelle, générale et particulière*, 227-240, lámina XXXI, París, 1755.

chas supraoculares amarillos, o sea lo que llaman los cinólogos ingleses *black and tan*, coloración que también el dingo presenta algunas veces ¹.

Distribución. — Aunque tal vez se encontraron ejemplares aislados más al norte o más al sur, el área en que vivían los perros cimarrones parece haber estado comprendida, según los datos que se conservan, entre los 30° de latitud y el río Negro, y entre la costa del Atlántico y los primeros relieves importantes del terreno en la parte occidental del país, desde Córdoba al Neuquén. Los hubo también, según el testimonio de varios autores, al este del río Paraguay, sobre todo en la parte norte de la Banda Oriental. Puede decirse por consiguiente, que el perro cimarrón era propio de toda la región de las pampas, en el sentido más amplio de este término.

Costumbres. — Los cimarrones formaban generalmente tropas numerosas, especialmente para cazar. Persegüían a toda clase de caza, y también a los vacunos y yeguarizos chicos, y aun a los grandes cuando los hallaban enfermos, heridos o cansados, y comían además todos los restos de los animales sacrificados por el hombre, así como lo que, siendo apropiado para la alimentación de un animal carnívoro, podían hallar en los ranchos y campamentos abandonados o mal vigilados. De ordinario huían del hombre, pero en caso de hallarse muy hambrientos no vacilaban en atacarlo si lo encontraban en situación de no poder defenderse. Como la mayor parte de los *Canis* salvajes o alzados, cazaban por el procedimiento de la persecución sostenida, relevándose los perseguidores hasta rendir a la víctima, y llamándose unos a otros durante la caza.

Según Azara, el cimarrón ladraba y aullaba; Justo P. Sáenz dice que solamente aullaba, en lo que coincide con informes que he obtenido de otras personas que pasaron su niñez en el campo, hace treinta y cinco o cuarenta años, y recuerdan haberlos oído muchas veces. De acuerdo con estos testimonios, se los sentía principalmente de noche, que era cuando se acercaban más a las poblaciones y campamentos. Durante el día, parece que, de no andar muy hambrientos, se escondían en las manchas de monte o en los grandes pajonales. Las hembras cavaban madrigueras en el suelo para criar, como lo hacen otros muchos cánidos. Como muy oportunamente recuerda Glover M. Allen,

¹ LONGMAN, *ibid.*, 154.

esta costumbre es frecuente en todos los perros alzados. Tal vez aprovechaban a veces vizcacheras abandonadas.

Es indudable que, por lo menos en algunas localidades, con los cimarrones se mezclaban alguna que otra vez perros domésticos, y especialmente perras, atraídas en la época del celo. De este modo, compréndese fácilmente cómo la hidrofobia, desconocida en las cimarronadas durante largo tiempo, pudo serles transmitida en cualquier momento, ya fuese importada por los perros del invasor inglés, lo que me parece un poco difícil de comprobar, o ya existiese antes entre los perros domésticos del país. En cualquier caso, la extrañeza de Moussy ante el fenómeno resulta un poco infantil hoy que sabemos en qué consiste y cómo se propaga dicha terrible enfermedad.

Origen. — Todos los autores están conformes en que el llamado cimarrón era realmente tal, es decir, un perro alzado, y descendiente de los importados de Europa, a excepción de Gerbe, que insinúa la probabilidad de que se trate de una especie nativa. Fitzinger adoptó una opinión en cierto modo ambigua, considerando al cimarrón como producto de dos razas europeas, y a la vez como idéntico a las razas nativas, existentes ya en América al tiempo de la conquista. Zeballos supone que los cimarrones no son sino los perros de los indios pampas, escapados y pasados al estado salvaje al deshacerse las tolderías ante el avance de la civilización, y que la raza desciende de los galgos traídos por el ejército inglés en 1806.

Los datos que existen sólo permiten afirmar que el cimarrón era, en efecto, un perro alzado o asilvestrado, de origen doméstico. Entre los argumentos que así lo demuestran, hay tres que considero decisivos. En primer lugar, está la diversidad de coloraciones que estos perros ofrecían, lo que es característico de los animales domésticos y de los libres descendientes de domésticos. Después, hay el hecho de que, habiendo existido hasta a las puertas mismas de Buenos Aires, no se hace ninguna alusión a ellos hasta bien entrado el siglo XVIII, lo que parece indicar que antes no los hubo. Y, finalmente, en todos los documentos de aquella época se los designa invariablemente como «perros cimarrones», y los mismos indígenas empleaban el nombre de perro alzado, *aucatchreuá*. Por otra parte, el perro doméstico ha vuelto al salvajismo, o por lo menos a la vida errante, en todos los países en que ha tenido oportunidad para ello, y sería extraordinario que no lo hubiera hecho aquí, en las pampas, donde se han alzado los demás mamíferos domésticos.

La teoría de Zeballos es completamente inadmisibile, puesto que hay documentos que certifican la existencia del cimarrón más de cincuenta años antes de la invasión británica. Esto, sin embargo, no significa necesariamente que dicho perro descendiese de los que trajeron los colonizadores ibéricos, pues cabe también que se derivase de alguna raza doméstica que tuvieran los indios de las pampas antes de llegar los españoles a ellas, la cual se alzase y se multiplicase en libertad, ya por azares de la guerra entre nativos y cristianos, ya como consecuencia de la abundancia de alimento que para los perros hubo de suponer la rápida propagación del vacuno y del caballo. No hago aquí más que apuntar esta hipótesis, como alternativa de la teoría generalmente aceptada del origen europeo, y sin inclinarme lo más mínimo ni en favor ni en contra de ella, pues cualquier paso que se quiera dar por este camino puede ser un grave tropiezo mientras no sepamos algo acerca de los perros que pudieran tener los pueblos nativos de la región del Plata, tema que todavía está por estudiar.

Extinción. — El perro cimarrón fué, según parece, perseguido a muerte casi desde su aparición, por lo menos en las cercanías de las poblaciones. D'Orbigny, en 1827, ya se refiere a él como a un animal que empieza a escasear en algunas zonas. Se empleaban para destruirlo toda clase de medios, sobre todo el veneno, y la propagación natural de la hidrofobia pudo contribuir a su desaparición; pero, evidentemente, las causas principales de ésta fueron las inherentes al avance del progreso: la extinción del bagual, del vacuno chúcaro y de la caza, el más esmerado cuidado de la hacienda, el cultivo de los campos y la destrucción de los montes. De ahí que su exterminio se hiciese más rápido a raíz de la conquista del desierto y del consiguiente cambio de las condiciones de vida en las pampas. Hacia 1885 no quedaba ningún cimarrón en las regiones donde Zeballos los había visto seis años antes. En cuanto a su desaparición en la provincia de Buenos Aires, los datos son algo contradictorios, pues mientras el informe del señor Girado establece como fecha aproximada el año 1872, las noticias recogidas por el señor Sáenz la sitúan por lo menos unos veinte años después. De todos modos, parece probado que su último refugio fueron los montes próximos a la costa atlántica, y todos los informes, verbales o escritos, que yo he podido obtener, tienden a indicar que en algunos rincones propicios quedaron pequeñas cimarronadas hasta hace solamente diez o doce años.



Cráneo de supuesto perro cimarrón de La Plata visto de perfil ($\times \frac{2}{3}$)

CABRERA, *El perro cimarrón, etc.*

LÁMINA II

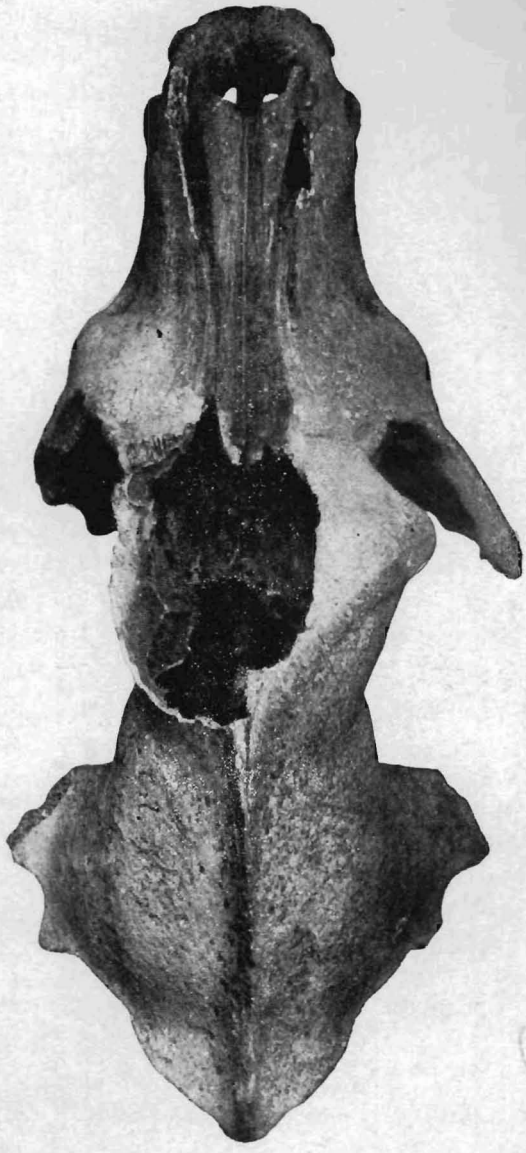


Cráneo de supuesto perro cimarrón de Tapalquén visto de perfil ($\times \frac{2}{3}$)

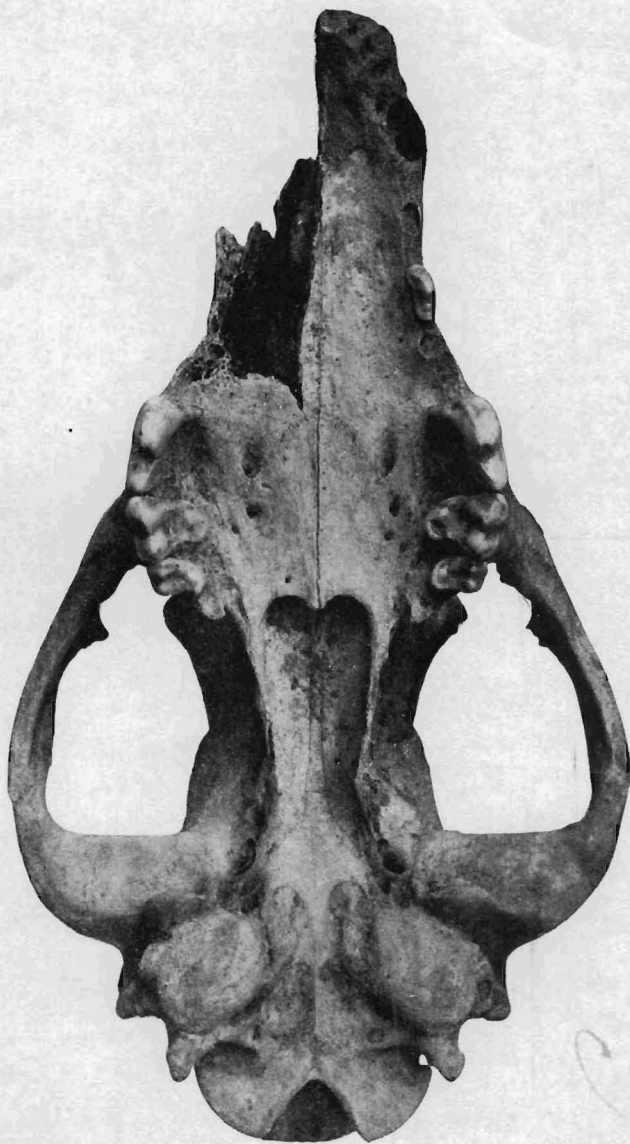
Cráneo de supuesto perro cimarrón de La Plata
visto por encima ($\times \frac{2}{3}$)



Cráneo de supuesto perro cimarrón de Tapalquén
visto por encima (X 2/3)

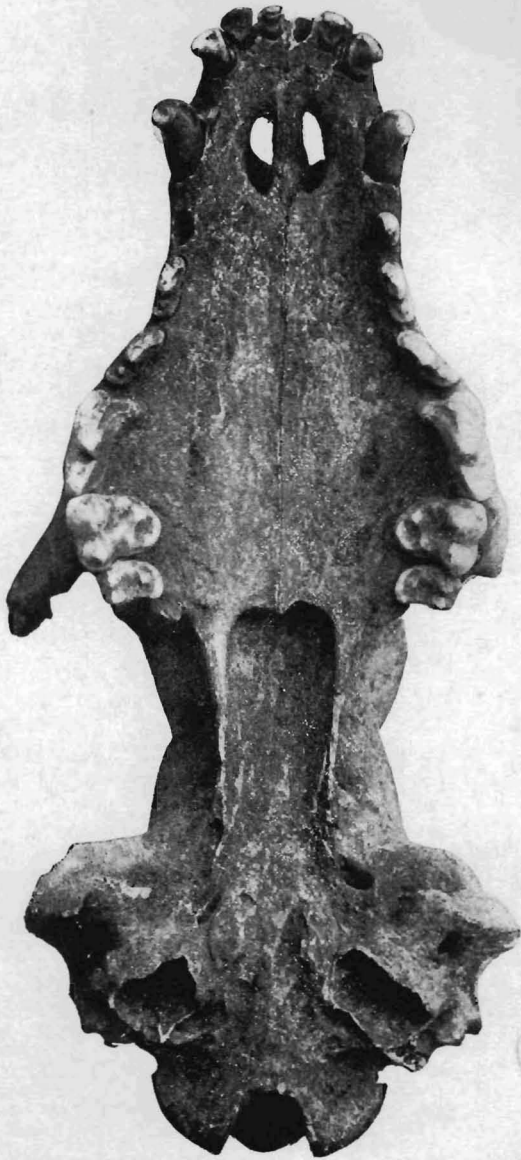


Cráneo de supuesto perro cimarrón de La Plata
visto por debajo ($\times \frac{2}{3}$)



LAMINA V

CABRERA, *El perro cimarrón*, etc.



Cráneo de supuesto perro cimarrón de Tapalquén
visto por debajo ($\times \frac{2}{3}$)